

***La concepción  
marxista de las  
crisis económicas***

**J. Romero**

**EDITA:**



**Partido Comunista de España  
(marxista-leninista)**

[www.pceml.info](http://www.pceml.info)

[contacto@pceml.info](mailto:contacto@pceml.info)

**PCE (m-l)**

# **La concepción marxista de las crisis económicas**

**J. Romero**



*«...Darwin no se daba cuenta de qué sátira tan amarga escribía sobre los hombres, y en particular sobre sus compatriotas, al demostrar que la libre competencia, la lucha por la existencia, que los economistas ensalzan como la más alta conquista de la historia, es el estado normal imperante en el reino animal. Sólo una organización consciente de la producción social, en la que se produzca y se distribuya con arreglo a un plan, podrá elevar a los hombres, en el campo de las relaciones sobre el resto del mundo animal en la misma medida en que la producción humana en general lo ha hecho con arreglo a la especie humana. Y el desarrollo histórico hace que semejante organización sea cada día más inexcusable y, al mismo tiempo, más posible...» F. Engels, *Dialéctica de la Naturaleza*.*

Desde hace más de un año, la economía capitalista se enfrenta a la mayor crisis de su historia. La burguesía trata de explicar estas crisis cíclicas recurriendo a factores inmateriales y subjetivos, a imponderables, o a la acción perversa de unos pocos individuos que se han dejado llevar por la codicia, sin llegar a respetar las «virtudes weberianas» atribuidas al «buen capitalista»: honestidad, frugalidad y preparación.

Sin embargo, los comunistas afirmamos que esta crisis, como las que le han precedido (y han sido numerosas los últimos veinte años, y algunas muy profundas), son producto de la propia lógica interna del sistema capitalista. En su obra principal, *El Capital*, y en otros escritos, Marx define las crisis periódicas que aquejan al sistema capitalista como consecuencia del carácter anárquico de su modelo productivo: no son las necesidades de la sociedad las que regulan la economía capitalista, sino el afán de lucro, y, cada vez en una medida mayor, el carácter social de la producción entra en contradicción con la apropiación privada del producto social<sup>1</sup>.

El análisis de Marx tiene la grandeza añadida de que, a pesar de haber

---

<sup>1</sup> La tendencia a la expansión es consustancial al sistema capitalista: «*Bajo el sistema capitalista una empresa tiene que expandirse o perecer. No puede permanecer estacionaria; todo lo que entorpezca su expansión es su ruina inicial*». F. Engels, *Proteccionismo y librecombio*. Prólogo a la edición americana del *Discurso sobre el problema del librecombio*, de C. Marx.

sido hecho en un periodo histórico en el que el desarrollo del capitalismo era aún incipiente, fue capaz de anticipar sus tendencias principales. Marx y Engels asignaron al capitalismo un papel histórico determinado: partiendo de los mercados locales dispersos y por lo tanto limitados, crear el mercado mundial. Y, al crear el mercado mundial, desarrolla al extremo el carácter social de la producción, prepara, sin quererlo, el terreno para la revolución social, porque acelera sus contradicciones internas y crea los elementos necesarios para una economía racional, planificada: moviéndose en el terreno de la necesidad de sus propias leyes, el capitalismo prepara el camino para el triunfo de la racionalidad económica sobre la anarquía productiva.

En varios de sus escritos, se refieren Marx y Engels a la posición de los socialistas respecto al proceso de librecambio asociado al capitalismo. Esta tendencia natural e inevitable del capitalismo ha contribuido a desarrollar hasta el extremo las contradicciones de clase: *«Cuando un país adopta hoy el librecambio, podemos asegurar que no lo hace precisamente para complacer a los socialistas, sino porque el librecambio se ha convertido en una necesidad para los capitalistas industriales [...] No podéis hacer otra cosa que seguir desarrollando el sistema capitalista, acelerar la acumulación y centralización del capital y, a la par con ello, la producción de una clase obrera que vive al margen de la sociedad oficial. Los resultados no cambiarán en nada porque sigáis el camino proteccionista o el librecambista; si acaso, se alterará en algo la duración del plazo que os queda hasta llegar al resultado»*<sup>2</sup>.

Así pues, la denominada globalización es una tendencia consustancial al modo de producción capitalista que ha actuado con mayor o menor inten-

---

<sup>2</sup> C. Marx, *Proteccionismo y librecambismo. Escritos económicos menores*, Fondo de Cultura Económica, p. 568. *«El problema del librecambio y la protección arancelaria se mueve todo él dentro de los límites del actual sistema de producción capitalista, razón por la cual no tiene interés para los socialistas, que reclaman la abolición de este sistema. Pero sí les interesa indirectamente, en el sentido de que desean asegurar al sistema de producción actual la mayor libertad de desarrollo posible y la más rápida expansión, ya que con ello se desplegarán también sus necesarias consecuencias económicas: la miseria de la gran masa del pueblo como consecuencia de la superproducción, que provoca crisis periódicas o estancamientos crónicos del intercambio; la escisión de la sociedad en una pequeña clase de grandes capitalistas y una gran clase de esclavos asalariados que realmente van transmitiéndose por herencia, de proletarios cuyo número aumenta sin cesar, en tanto que va dejándolos sin trabajo, constantemente, la nueva maquinaria que desplaza al trabajador; en una palabra la entrada de la sociedad en un callejón sin salida, del que no hay escape fuera de la total transformación de la estructura económica que sirve de base a la sociedad»*. *Ibidem*, p. 567.

sidad, según los momentos históricos y los países, desde que este modo de producción pasó a ser el dominante. Al entrar en su fase imperialista, esta tendencia se acentuó. Lenin criticaba las tendencias oportunistas que renegaban de la revolución aduciendo que bastaba con recuperar la “libre competencia” para garantizar el progreso permanente de la sociedad y al hacerlo, anticipaba, como antes lo hicieran Marx y Engels, una de las consecuencias inevitables del desarrollo capitalista: el desarrollo de la especulación. «[...] *el desarrollo del capitalismo ha llegado a un punto tal, que, aunque la producción mercantil sigue “reinando” [...], las ganancias principales van a parar a los “genios” de las maquinaciones financieras. Estas maquinaciones y estos chanchullos tienen su asiento en la socialización de la producción; pero el inmenso progreso de la humanidad, que ha llegado a esa socialización, beneficia [...] a los especuladores [...] “basándose en esto”, la crítica pequeñoburguesa y reaccionaria del imperialismo capitalista sueña con volver atrás, a la competencia “libre”, “pacífica” y “honrada”*»<sup>3</sup>.

El capitalismo imperialista, especialmente al sentirse liberado del miedo inminente a la revolución proletaria a partir de los años ochenta, cuando la crisis del revisionismo era más que evidente, acentuó hasta el extremo la tendencia a la expansión sin trabas del capital, acompañada por la desregulación de las relaciones laborales, la degradación del empleo y de las condiciones de trabajo y la proletarización de amplias capas de la población mundial, lo que ha agudizado la explotación y el sufrimiento del proletariado. La expansión capitalista parecía no tener fin, apoyada en un crédito fácil y barato que se creía inagotable y que, a partir del fin de la II Guerra Mundial, se extendió al consumo de masas, lo que permitió un crecimiento paralelo de la producción. Las crisis no alcanzaban, como ahora, al conjunto de las economías capitalistas, aunque todas trajeron las mismas consecuencias: paro, concentración del capital y empeoramiento general de las condiciones de vida de millones de trabajadores, durante decenios; mas una legión de “especialistas” y “técnicos” burgueses, de las más variadas ramas del saber, se empeñaron en restar validez a los análisis de Marx, alegando su obsolescencia y su incapacidad para explicar el funcionamiento de sociedades

---

<sup>3</sup> V.I. Lenin, *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*. De nuevo queda clara la capacidad de análisis de Marx, que le permitió anticipar esta tendencia: «La separación entre la venta y la compra permite, al lado del comerciante propiamente dicho, gran número de transacciones ficticias antes del cambio definitivo entre los productores y los consumidores de mercancías. Y permite también a cierto número de parásitos introducirse en el proceso de producción y explotar esta separación. Pero ello equivale a decir una vez más que, con dinero como forma general del trabajo bajo el régimen burgués, cabe la posibilidad del desarrollo de las contradicciones contenidas en ese trabajo». C. Marx, *Crítica de la economía política*.

como la actual, más complejas que la que le tocó vivir al gran pensador. Todos los apologistas del capitalismo insistían una y otra vez en que éste había logrado superar por sí mismo sus contradicciones y creado las bases para el progreso ininterrumpido de la humanidad.

La denominada globalización se apoyó, como decimos, en un crédito fácil y barato y lo desarrolló a escala planetaria. Marx expresaba así el papel del crédito en la economía capitalista:

«...El sistema de crédito acelera el desarrollo material de la fuerza productiva y la instauración del mercado mundial que el modo capitalista tiene la misión histórica de implantar [...] hasta convertirlo en el más puro y colosal sistema de juego y especulación, y reducir cada vez más el número de los que explotan la riqueza social»<sup>4</sup>.

Conforme se ha desarrollado el crédito, han ido variando los instrumentos que representan el valor de cambio: del oro a los signos de valor monetario (monedas y billetes), y de éstos a los valores y títulos que multiplican el valor “aceptado” de la riqueza producida muy por encima de su valor real; todo ello ha sido propiciado sin ningún tipo de control por los estados y los dirigentes que ahora se rasgan las vestiduras ante las dimensiones del fraude. Cómo circulan los signos de valor en la economía lo expresaba Marx en su *Crítica de la economía política*: «En la circulación de los signos de valor, parecen invertidas y puestas de cabeza todas las leyes de la circulación monetaria real. Mientras que el oro circula porque tiene valor, el papel, por el contrario, tiene el valor porque circula. Mientras que, dado el valor de cambio de las mercancías, la cantidad de oro en circulación depende de su propio valor, el valor del papel depende de la cantidad que de él circule». El engaño colectivo funcionaba, como en la fábula del rey desnudo, en la medida en que era aceptado por todos: por los títulos que ahora desprecian los tiburones financieros se pagaba un valor creciente hasta hace apenas unos meses.

Con el mercado continuo, los capitalistas pueden invertir el excedente de la riqueza social que expropián, en todo el mundo, durante las 24 horas del día, sin ninguna restricción: cuando cierra la bolsa de Tokio se abren las europeas y a éstas les siguen las americanas. Algunos centros financieros, como Londres, mueven cientos de miles de millones de dólares diariamente sin ningún tipo de control. El reino de la especulación se despliega todos los días, creando un imperio de papel en el que nunca se pone el sol; un inmenso casino de dimensiones planetarias en el que se han comprado y vendido “expectativas”, “previsiones”, “humo”. Este proceso, como decimos, ha adquirido en las últimas décadas unas dimensiones gigantescas, pero el

---

<sup>4</sup> C. Marx, *El Capital*, libro III, tomo II, Akal 74, p. 159. Los subrayados son nuestros.



excedente invertido en esos mercados de futuro, el «riesgo» asumido por los especuladores financieros, para convertirse de nuevo en capital, necesita reproducir su valor incrementado y para ello es preciso que se realice. De modo que las ingentes cantidades de dinero que se mueve a diario por los cinco continentes sólo son productivas para el capitalista, sólo son capital, en la medida que sirven como catalizador de más plusvalía extraída, de nuevo excedente del producto social expropiado a los trabajadores en la economía “real”, la que produce bienes o servicios.

La economía capitalista funciona como el “juego de la pirámide”: mientras exista “confianza” (crédito), el mecanismo se mantendrá en movimiento y nada ocurrirá; pero la separación creciente entre el valor real de la riqueza producida y su valor en los mercados de especulación termina parando la desorbitada rueda de la economía capitalista. Y todo indica que ese momento ha llegado. Baste decir que la bolsa española, por ejemplo, ha perdido entre enero y noviembre de 2008 el 45% de su valor, lo que viene a ser en dinero el equivalente al total de sus Presupuestos Generales del Estado.

El dinero ha circulado en sobreabundancia por los mercados financieros, pero en cuanto estalla la crisis el dinero deja de ser un medio de circulación para convertirse en medio de pago: todos reclaman el pago de las transacciones, de sus inversiones: de ahí que la falta de liquidez se haya convertido en el primer quebradero de cabeza de todas las instituciones capitalistas, que se han apresurado a inyectar descomunales cantidades de dinero a la maquinaria capitalista, hasta ahora sin grandes resultados.

No se descubre hoy el mundo. Marx, hace muchos años, cuando aún no habían surgido instrumentos financieros tan refinados como las *subprime*, que permiten eludir más fácilmente el control de las transacciones, señalaba los mecanismos de desarrollo del capital financiero y de las crisis, al explicar cómo en una economía anárquica como la capitalista, que no produce de manera planificada atendiendo a las necesidades sociales,

*«A medida que crece la riqueza material aumenta la clase de los capitalistas monetarios [...], se fomenta el sistema de crédito y, con ello, el número de los banqueros, prestamistas de dinero, financieros, etc. Con el desarrollo del capital monetario disponible se desarrolla el canje de títulos y valores productores de interés, títulos del estado, acciones, etc. [...]. Pero al mismo tiempo aumenta la demanda de capital monetario disponible, puesto que los que hacen negocio de la especulación con estos títulos y valores, desempeñan un papel principal en el mercado monetario. Si todas las compras y ventas de estos títulos y valores fuesen únicamente la expresión de inversiones reales de capital, sería correcto decir que no podrían influir en la demanda de capital de préstamo. Sin embargo, puesto que el título existe realmente, pero no el capital (al menos no como dinero) que representa originariamente, engendra siempre una nueva demanda de semejante capital moneta-*

rio»<sup>5</sup>.

Y también:

*«En un sistema donde todo el mecanismo del proceso de producción se basa en el crédito, cuando éste cesa repentinamente y sólo rige el pago al contado, tiene que producirse evidentemente una crisis, una demanda violenta de medios de pago»<sup>6</sup>.*

Es por esta razón que una de las consecuencias inmediatas de la crisis financiera actual ha sido el crecimiento del atesoramiento y el consecuente incremento de valor del oro, como refugio para los especuladores<sup>7</sup>.

El «capitalismo popular», que según aseguraban los aduladores del imperialismo, permitía a pequeños ahorradores invertir en las bolsas de valores, participando de los beneficios del gigantesco casino capitalista, se viene abajo, como ocurrió durante la crisis de 1991, cuando, por ejemplo, el fondo de pensiones de los empleados de Enron, uno de los mayores del mundo, entró en quiebra. El «capitalismo popular», que se ha vendido como la superación de las contradicciones del sistema, la prueba práctica de la tendencia a la «socialización» pacífica y paulatina del capital, la panacea que ha llevado incluso a representantes del «oportunismo de izquierda» sindical y político a defender con énfasis instituciones como los fondos de pensiones y a «gobiernos de progreso» como el de Zapatero, a proponer la inversión de una parte de los fondos de la Seguridad Social pública en entidades de inversión de capital privado, está amenazado, por la propia lógica de la dinámica capitalista.

Lo que realmente ocurre, en definitiva, es que el modo de producción capitalista está sujeto a profundas crisis que sacuden su estructura periódicamente y con un ritmo cada vez más rápido. Y la sobreabundancia de crédito de estos años ha permitido crear la ilusión de un crecimiento ininterrumpido de la producción, pero ha ido creando al mismo tiempo las condiciones para una profunda depresión, cuando el crédito (la confianza) bruscamente ha cesado.

La expansión de la economía capitalista, particularmente después de la

---

<sup>5</sup> C. Marx, *El Capital*, libro III, tomo II, Akal 74, pp. 240 y 241.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 213.

<sup>7</sup> *«El oro es una cosa maravillosa. Quien lo posee es dueño y señor de cuanto pueda apetecer. Con oro puede hacerse entrar las almas en el Paraíso»*. Cristóbal Colón, *Carta de Jamaica* (1503). Citado por Marx en *Crítica de la economía política*.

II Guerra Mundial, se ha basado en el crédito<sup>8</sup>, lo que no es exactamente igual al dinero. Los títulos y valores emitidos por bancos y entidades financieras no estaban respaldados por el valor de la producción real de bienes y servicios, ni por las reservas monetarias de éstos<sup>9</sup>. Por otra parte, los gobiernos no sólo no controlaban la situación real del mercado financiero que mantenía la rueda capitalista en movimiento, dando la falsa impresión de una perfecta armonía, sino que han intentado en todo momento eliminar las escasas trabas a las que el capital internacional ha hecho frente, para permitirle moverse libremente y sin control por todo el mundo. Durante años, la mayor parte de las reformas financieras han ido en el sentido contrario al de incrementar el control: se ha dado plena libertad a los ejecutivos de las grandes entidades financieras para atraer dinero, a costa de sobreestimar el valor de las empresas; el mercado financiero internacional ha sido terreno abonado para la actividad de tiburones y especuladores financieros de todo tipo, algunos, como Soros, disfrazados de “filántropos”, hasta que finalmente ha quedado claro que la riqueza de estos años está asentada sobre “humo”<sup>10</sup>.

Pero la crisis ha llegado con una gran virulencia. Las contradicciones que han ido acumulándose en las economías capitalistas en los últimos decenios han estallado bruscamente, llevando a los mercados internacionales

---

<sup>8</sup> «El crédito al consumo comenzó a ser introducido en los años veinte, pero el sistema no maduró hasta después de la II Guerra Mundial [...] El sistema necesita producir mercancías incesantemente, y la realización de lo producido también requiere encontrar compradores [...] sin embargo, para poder vender más [...] se requiere que aumente la capacidad adquisitiva [...] El crédito bancario se ha convertido en la forma dominante de dinero [...] el crédito, si bien es básico para la expansión del consumo privado, también lo es para la financiación empresarial». Carlos Berzosa y otros, *Estructura económica mundial*, p. 139.

<sup>9</sup> Los nuevos instrumentos financieros han enmascarado la realidad: la emisión continua de bonos, valores, etc. inflaba el valor de las empresas muy por encima de su valor real. «Diversas fuentes estiman que el mercado de derivados de crédito ha crecido virtualmente desde la nada, en 1993, a los 3,3 billones de dólares en 2003. Este crédito ha sido posible gracias a la capacidad de dichos derivados de proporcionar nuevos métodos para gestionar el riesgo del crédito [...] Sin embargo los derivados de crédito exponen a sus usuarios a los riesgos y a la incertidumbre que los regulan». Álvaro Caparrós Ruipérez, *Derivados de crédito: nuevos instrumentos financieros para el control del riesgo*. El autor es director de Análisis y Riesgos de Eurobolsa gestión de valores.

<sup>10</sup> «Con respecto a un grupo de directores, no se necesita de un refinamiento especial para devorar el capital de una sociedad y, mientras tanto, animar a sus accionistas con altos dividendos y atraer a depositantes y nuevos accionistas con engañosos informes». C. Marx, *La crisis económica en Europa*.

a una profunda depresión mucho más aguda que en anteriores ocasiones, y que amenaza con prolongarse por mucho tiempo.

## **¿Podrá finalmente el imperialismo sortear la crisis? La pregunta es: ¿a qué coste?**

Un sistema como el capitalista, que recurre a formas e instituciones cada vez más sociales, anónimas y globales para asegurar la apropiación privada (privatización) del producto social, reclama ahora socializar las pérdidas con una consecuencia final, de no mediar la acción del proletariado y sus organizaciones: una mayor centralización de capital y concentración de la riqueza en menos manos, pues las ayudas estatales y los planes para reforzar el sector financiero fomentan también la fusión entre entidades.

El “reajuste” va a provocar también un incremento de las contradicciones interimperialistas y de las disputas por materias primas y áreas de influencia que pueden ser el umbral de un nuevo reparto del mundo. EEUU es una economía en declive y cada vez más endeudada con el resto del mundo. Si, en 2007, unos 16 billones de dólares en activos financieros de EEUU estaban en poder de entidades del resto del mundo, se puede comprender que estas inversiones están resultando ruinosas para sus tenedores, por cuanto el dólar ha perdido en los últimos 3 años el 17% de su valor frente al euro y el 25% frente al conjunto de otras divisas, a lo que hay que añadir la brusca caída de valor de otros instrumentos financieros (títulos, valores).

La consecuencia lógica es que se ponga en cuestión, como recientemente hicieron públicamente miembros del Gobierno alemán, el liderazgo financiero de EEUU, país hacia el que todos los capitalistas del mundo entero han dirigido masivamente sus inversiones porque creían tener asegurada suficiente liquidez y control. Javier Santiso, director y economista jefe del Centro de Desarrollo de la OCDE (Organización de Cooperación y Desarrollo Económico), en un reciente artículo publicado en la prensa española, con el sugerente título «Tarde o temprano EEUU será derrocado», señalaba que el epicentro del mundo se está desplazando hacia el Oriente, lo que no significa que desaparezcan las potencias de la OCDE, sino que «el reequilibrio se está dando mediante la emergencia de un mundo económicamente mucho más multipolar».

Esta constatación, proveniente de una de las instituciones punteras del imperialismo, ayuda a explicarse también por qué el Gobierno de EEUU lleva años trasladando la guerra hacia el Oriente, en un intento de impedir el

surgimiento de futuros competidores. Y, llegados a este punto, debemos recordar que, antes de las dos grandes guerras mundiales, el campo imperialista, dominado por una potencia hegemónica, pasó a una situación de mayor fluidez con el surgimiento de nuevos polos en disputa por la hegemonía, para terminar con el agrupamiento en dos grandes bloques antagónicos, dirigidos cada uno por las respectivas potencias centrales. Este proceso fue causado por el aumento de las contradicciones interimperialistas, que contribuyó a su vez a agudizar, y fue acompañado de un incremento de la agresividad, primero en el terreno comercial y luego en el ámbito político y por un rápido rearme. En ambas ocasiones, la lógica del sistema provocó una guerra general que produjo la masiva destrucción de fuerzas productivas, lo que permitió iniciar, sobre las ruinas, un nuevo ciclo de acumulación y expansión, por lo que no es de descartar esta evolución en un futuro.

Pero si en términos económicos las consecuencias de la crisis son enormes, en términos humanos son ya demoledoras para la clase trabajadora, que lleva años sufriendo un feroz ataque dirigido contra los derechos sociales y laborales que ha conquistado con su lucha organizada: el paro, la reducción de salarios y el empeoramiento generalizado de las condiciones de vida y trabajo, que ya son una realidad, van a agudizarse; los capitalistas van a utilizar todos los instrumentos a su alcance para descargar las consecuencias de esta crisis en las espaldas de la mayoría trabajadora: instrumentos “legales” (desregulación y desprotección jurídica), políticos (reformas y recortes) y económicos (deslocalizaciones, “externalizaciones”, etc.).

En el último año, más de dos millones y medio de trabajadores han perdido su empleo en EEUU, en España cerca de un millón (casi la mitad de los despidos tuvieron lugar en el último trimestre de 2008); el paro se está generalizando como consecuencia directa de la crisis capitalista y crece el número de personas en la pobreza (en España, por ejemplo, unas 700.000 familias tienen a todos sus miembros en el paro), etc.

## **¿Significa eso que el capitalismo es capaz de superar sus contradicciones internas y sortear las crisis, por profundas que sean, a medio o largo plazo?**

El capitalismo, con independencia de obligadas correcciones circunstanciales (de hecho, a partir de septiembre pasado, la mayoría de los gobiernos de las potencias imperialistas han redoblado sus medidas proteccionistas y se ha producido, a pesar de las declaraciones reclamando una mayor liberalización del comercio internacional, una tendencia general al pro-

teccionismo), tiende a desarrollar las contradicciones que le son propias. La única y definitiva solución, como nos enseñaron los revolucionarios que nos precedieron, es superar en un sentido revolucionario un régimen cuya lógica interna le lleva, en la medida en la que su desarrollo ha alcanzado un nivel tan elevado como el actual, a oponerse al desarrollo de las fuerzas productivas.

La tendencia del capitalismo es la de avanzar en el desarrollo de sus contradicciones, que cada vez en mayor medida se constituyen en un freno al desarrollo de las fuerzas productivas. Hoy, más que nunca, esta nueva crisis confirma que vivimos la época de la crisis general del capitalismo en su fase superior, el imperialismo, que sólo acabará con su superación revolucionaria.

La realidad ha terminado por imponerse y asistimos a un hecho aparentemente paradójico: Sarkozy, Merkel, Bush, etc., los defensores más implacables del liberalismo económico, quienes exigían que el Estado se mantuviera al margen del “mercado”, piden ahora su intervención en defensa del capital. No es la primera vez que el Estado capitalista interviene en la economía. De hecho, a lo largo de estos años, cuanto más declaraban puertas afuera que debía dejarse al mercado solucionar por sí mismo sus desajustes, más brutalmente intervenían los Gobiernos en el mercado con reformas y planes dirigidos a desproteger el empleo, subvencionar a los empresarios, atraer las inversiones con todo tipo de ayudas, desregular el mercado laboral y proteger a su oligarquía, al tiempo que reclamaban la eliminación de las barreras que otros gobiernos ponían a la libre circulación de sus mercancías. El lema “menos Estado para proteger a los trabajadores y más Estado para atacar sus derechos” ha sido todos estos años la consigna de todas las corrientes políticas de la burguesía imperialista: desde la socialdemocracia hasta la derecha más extrema.

No debemos olvidar que, en los treinta años que median entre el fin de la II Guerra Mundial y la crisis del petróleo, durante los cuales en un reducido número de países desarrollados se llevó a la práctica el “Estado del Bienestar” en sus distintas versiones (en la inmensa mayoría de naciones nunca se ha llegado a aplicar), se daban dos condiciones que hoy no existen: en primer lugar, la guerra había provocado una destrucción colosal de las fuerzas productivas: millones de personas perdieron la vida y las economías de los países participantes habían quedado destrozadas, sus territorios arrasados, etc.; lo cual había creado un mercado gigantesco en el que el capital pudo desarrollarse. Además, y esto fue aún más decisivo, la burguesía se enfrentaba a un proletariado organizado y activo que había salido de la victoria contra el nazifascismo reforzado y con el ejemplo vivo del

campo socialista que, dirigido por la URSS, crecía hasta alcanzar un tercio del globo, lo que forzó al capital a hacer concesiones para evitar la extensión de la revolución.

## ¿Qué queda por hacer a los comunistas?

En *El Capital*, Marx disecciona con precisión las contradicciones internas del sistema capitalista y señala la consecuencia ineludible del desarrollo de esas contradicciones: la bancarrota final del capitalismo y su superación revolucionaria por un sistema económico superior: el socialismo, en el que será la sociedad la que controle de una forma racional y planificada la producción y la distribución del producto social entre sus miembros. Marx señala también la clase llamada a ser sujeto activo del proceso revolucionario que debe terminar con la anarquía productiva, con la explotación del hombre por el hombre: ese sujeto es el proletariado. Ahora bien, Marx y Engels no se limitaron a señalar estas cuestiones de una forma teórica, sino que se implicaron directamente en la lucha política y encabezaron los primeros esfuerzos de organización de la clase obrera, porque eran conscientes de que, por más que su momento histórico haya terminado, ningún sistema se derrumba sin la labor consciente y organizada de los colectivos humanos.

Desde entonces, mucho ha avanzado la pelea del proletariado y su organización; muchas y muy ricas han sido las experiencias, victorias y derrotas que la han enriquecido. Desde su surgimiento, el socialismo científico de Marx y Engels ha debido combatir de una manera permanente contra todas las corrientes que intentaban apartar al proletariado de sus objetivos para arrimarlo al campo de la burguesía y del reformismo burgués. Todo tipo de charlatanes, arribistas y oportunistas, desde fuera o dentro de las propias filas de las organizaciones proletarias, lo han atacado con saña tachándole de obsoleto y superado por la historia, utilizando en ocasiones una versión mistificada del “marxismo” para justificar todo tipo de teorías que propiciaban el reformismo, cuando no la colaboración con el capital, en espera de un colapso espontáneo, pacífico y próximo del capitalismo. Socialdemócratas, trotskistas y oportunistas de todos los pelajes se han venido devanando los sesos para demostrar que era posible llevar al capitalismo de una forma gradual y pacífica a su suicidio, empujando sus supuestas «virtudes socializadoras» hasta hacer inevitable que la burguesía aceptara voluntariamente su derrota y cediera el control a la mayoría social.

Cuando Lenin y los leninistas, aplicando el marxismo de una manera creativa, revolucionaria y acorde con las circunstancias históricas, dirigieron

la primera revolución proletaria triunfante, se encarnizó el ataque de los oportunistas; pero la URSS probó, en las más duras condiciones de cerco imperialista, la superioridad del modelo económico socialista que llevó al primer Estado proletario de la historia a un desarrollo sin parangón histórico.

La derrota temporal de los comunistas, el triunfo de la contrarrevolución en la URSS y el resto de países socialistas, fue saludada por los adoradores del imperialismo como el fin de la historia, el triunfo definitivo del capitalismo.

Para los comunistas es determinante la cuestión del poder político: los buenos deseos no son suficientes para echar atrás las contradicciones propias del sistema capitalista; no basta con buenas palabras para alumbrar un sistema que tenga como eje central el interés de la sociedad; es preciso derrocar el capitalismo y superarlo para acometer la tarea de acabar con la anarquía productiva, con el reino del interés privado y del egoísmo individual como motor del progreso (la mano invisible de la que hablan los teóricos del capitalismo). Y para lograr superarlo es imprescindible, insistimos de nuevo, el esfuerzo consciente de las masas, dirigidas por la única clase cuya liberación del yugo de la explotación implica necesariamente y subsume la liberación de las otras clases y sectores. Sólo un régimen proletario puede encarar con posibilidades de éxito esta tarea.

Hoy, el capital se encuentra acuciado por un mercado saturado, internacionalizado al máximo, en el que crece la competencia entre capitalistas forzándoles a mejorar su posición, abaratando costes por la vía de concentrar sus fuerzas, destruir empleo y apoyarse en el Estado para desequilibrar en su provecho las relaciones laborales. Cuenta con importantes aliados para llevar a cabo sus planes: además de las diferentes fuerzas políticas que defienden sus intereses, los dirigentes oportunistas de los principales sindicatos, pasados desde hace mucho al campo de la burguesía; la dispersión ideológica y la pugna entre los propios trabajadores (fijos-eventuales, nacionales-inmigrantes, parados-activos, etc.), fomentada por la presión del capital y la debilidad de los instrumentos organizados: sindicatos y corrientes sindicales de clase y, particularmente, de las fuerzas de izquierda revolucionarias.

No obstante, se abre un periodo en el que los factores objetivos facilitan la intervención de los comunistas: el proletariado puede contrastar con claridad el papel de las corrientes oportunistas y es más receptivo a nuestra política.

La crisis no tiene visos de parar, sino que, por el contrario, amenaza con agravarse y no es de descartar que el capital recurra cuando lo estime



necesario al populismo y el fascismo: de hecho, es preocupante la proliferación de fuerzas fascistas en Europa y en el mundo, la impunidad con la que actúan, así como la deriva fascistizante de la legislación en los países imperialistas.

En esta coyuntura, reforzar el Partido es una necesidad perentoria y reforzar el Partido es en primer lugar aumentar sus filas con nuevos militantes, reforzar su presencia en el seno de la clase obrera, mejorar su vida colectiva, consolidar su estructura organizativa y aumentar la preparación de sus militantes.

No podemos permanecer a la expectativa en momentos como los actuales, en los que el proletariado está siendo golpeado y carece de la dirección de su partido en muchos países para enfrentar los ataques: debemos ligarnos firmemente con las masas, participar y reforzar sus organizaciones, trabajar por la unidad del campo proletario. Sólo así daremos continuidad a la labor de quienes nos precedieron en la lucha y nos acercaremos a la revolución.

Publicado en *Unidad y Lucha*, nº 18 (abril de 2009)